Pecados Respetables 1
Santos Ordinarios y Pecadores

Pastor: Luis O. Arocha
Febrero 2, 2014
Iglesia Bautista de la Gracia
Santiago, República Dominicana

Introducción

Los cristianos nos preocupamos mucho por los pecados vergonzosos de la sociedad pero con frecuencia perdemos de vista la necesidad de confrontar nuestros propios pecados olvidando que nuestro llamado principal es a combatir nuestro pecado no tanto a combatir el pecado de los demás o los del mundo.

Esta seria se trata del pecado. No el que es evidente en la sociedad y condenamos, sino del que existe entre los creyentes. Hay pecados que son característicos de los del mundo, a los cuales con denuedo nos oponemos entre los cuales se encuentran el aborto, la homosexualidad, la corrupción política, la inmoralidad sexual, entre otros. Pero esta serie no se va a tratar de esos pecados, sino más bien otro grupo de pecados con el cual nos topamos con regularidad dentro de la iglesia pero en diferencia a los otros, no los atacamos tanto, sino que más bien los toleramos o no los vemos como tan malos o dañinos. A esos pecados es que Jerry Bridges le llama *"pecados respetables"* y durante esta serie nosotros también nos referimos a ellos bajo el mismo título.

Pero antes que levantemos nuestras barreras, la idea de la serie no es la condenación. El propósito no es que nos abatamos en desesperanza al ver nuestro pecado, sino que al experimentar la convicción del espíritu creamos en el evangelio por medio del cual Dios ha tratado tanto con la culpa como también el dominio que el pecado tiene sobre nosotros y podamos experimentar la libertad que nuestro Dios ha comprado para nosotros.

I. Santos Comunes y Corrientes

Cuando leemos las cartas de Pablo a las distintas iglesias nos topamos una y otra vez con una de sus palabras preferidas para referirse a los creyentes. Escuchen versos introductorios de algunas de las cartas de Pablo e identifiquen la palabra que el usa para referirse a los creyentes.

2 Corintios 2:1-2 - "Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo: A la iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los santos que

están en toda Acaya: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo".

Filipenses 1:1-2 - "Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús:A todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, incluyendo a los obispos y diáconos: Gracia a vosotros y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo".

Colosenses 1:1-2 - "Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, 2 a los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas:Gracia a vosotros y paz de Dios nuestro Padre".

Pablo le llama a los cristianos, "santos".

El término "Santo" por lo general conlleva una connotación de gran piedad y pureza. En la tradición católico romana se reserva para un grupo muy especial. Pero lo que vemos en la Biblia es que cuando Pablo le escribió a las iglesias, el término "santo" fue uno de sus favoritos para referirse a los creyentes.

La iglesia de Corinto tenía muchos problemas teológicos y morales. Pablo les corrigió su orgullo, irritabilidad, tolerancia por la inmoralidad, abusos de la santa cena, de la libertad cristiana, de los dones espirituales y sus errores sobre la resurrección. Pero aun así cuando les escribe les llama "santos" (1 Cor 1:2, 2 Cor 1:1)

Entonces que significa "santo". Santo se puede definir como "apartado para Dios." Como todo verdadero creyente ha sido apartado para Dios, todo creyente es un santo. Es el concepto detrás implicado en:

1 Corintios 6:20 - "Pues por precio habéis sido comprados; por tanto, glorificad a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios".

Un Santo es alguien a quien Cristo ha comprado con su sangre en la cruz y ha apartado para sí mismo como posesión suya. Entonces, la implicación es que todo creyente ha sido salvado de su antigua vida de pecado para vivir una vida apartada para Dios que cada vez más glorifique a Dios mientras está siendo transformado. En este sentido, todo creyente es un Santo.

En el sentido bíblico, el título de Santo no es algo que uno se gana sino una condición de vida otorgada por el Espíritu de Dios.

Hechos 26:18 - ...de que se vuelvan de la oscuridad a la luz, y del dominio de Satanás a Dios…

Colosenses 1:13 - Porque El nos libró del dominio de las tinieblas y nos trasladó al reino de su Hijo amado,

Es Dios quien nos hace santos cuando reemplaza nuestro corazón de piedra (muerto e insensible a Dios), por uno de carne (vivo y sensible).

Pero aunque el Espíritu de Dios ha hecho una obra milagrosa y transformadora en el corazón de cada creyente, esto no significa que el creyente ya no peca. Todos sabemos que esto no es verdad. Pecamos mucho con nuestros pensamientos, palabras y hechos. Aun nuestras mejores obras están manchadas con motivaciones impuras. ¿Y quien puede decir que ha amado a su prójimo como a sí mismo o a Dios sobre todas las cosas?

¿Por qué existe esa discrepancia entre la promesa de Dios y lo que experimentamos todos los días?

Gálatas 5:17 - Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne, pues éstos se oponen el uno al otro, de manera que no podéis hacer lo que deseáis.

Hay una guerra entre la carne y el espíritu todos los días en el corazón del cristiano. Por eso el apóstol Pedro también exhorta a que os abstengáis de las pasiones carnales que combaten contra el alma. (1 Pedro 2:11)

Aunque el creyente es una nueva criatura con un nuevo corazón el resultado del cambio no es instantáneo y absoluto sino progresivo a través del tiempo y nunca se termina en este vida.

Pero esto nunca debe ser una razón para excusar nuestro pecado, sino que el hecho de que somos santos ha de ser un constante recordatorio que hemos sido llamados a vivir una vida apartada para Dios.

Por esta razón Pablo inicia la carta a los corintios llamándole santos y se pasa el resto de la carta exhortándolos a vivir como santos. “Tu eres un santo, actúa como uno.” Que tu conducta muestre lo que en esencia eres, tu identidad.

Lo mismo hace el apóstol Pablo con los efesios: ...os ruego que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados (Efesios 4:1)

Hay una conducta que corresponde a los santos y al mismo tiempo hay una conducta que no corresponde a los santos. Cuando chismeamos o somos impacientes o nos airamos debiéramos recordarnos a nosotros mismos que tal conducta no corresponde a un santo.

La Biblia le tiene un nombre a la conducta que no corresponde a un santo. Le llama pecado. El pecado abarca un amplio espectro de mala conducta desde el chisme hasta el adulterio, desde la impaciencia hasta el homicidio. Aunque hay grados en la seriedad del pecado, al final, el pecado es pecado, y como tal, no corresponde a un santo.

Caemos en grave error cuando como creyentes no nos vemos como santos o cuando no vemos ciertas acciones como el chisme y la impaciencia como pecado.

Frecuentemente pasamos por alto lo que pudiéramos llamar "los pecados aceptables de los santos". Como la mayoría de las personas, vivimos negando la realidad de nuestro pecado.

II. La Desaparición del Pecado

La idea de pecado ha ido desapareciendo de nuestra sociedad. Pero lamentablemente, no solo de nuestra sociedad, sino también de muchas iglesias también. No es que en las iglesias ya no usamos la palabra pecado, sino que hay la tendencia de reservar la palabra principalmente para aquellos escandalosos que suceden principalmente fuera de nuestros círculos, tales como el aborto, homosexualidad, corrupción política.

Y he aquí el problema. Es fácil condenar esas cosas y al mismo tiempo vivir ignorando nuestros propios pecados como el chisme, orgullo, envidia, amargura, lujuria o la ausencia de los frutos del Espíritu.

En una ocasión un pastor invitó a un grupo de hombre de su iglesia a orar sobre las necesidades espirituales de la iglesia, pero sin excepción alguna, todos los hombres oraron por los pecados de la cultura. El pastor, asombrado por lo que le pareció una marcada muestra de auto-justicia cerró el tiempo de oración orando: "Dios, se propicio a mí, pecador."

Tenemos la tendencia de estar más preocupados con los pecados de la sociedad que con los pecados de los santos, tanto así que es frecuente que seamos indulgentes con nuestros pecados "respetables" sin experimentar ningún sentido de pecado. Nuestras palabras chismosas o hirientes sobre nuestro hermano o hermana en Cristo salen con tanta facilidad de nuestros labios y ni siquiera percibimos que hemos cometido pecado. Guardamos resentimiento por meses sin hacer ningún esfuerzo por perdonar como Dios nos ha perdonado. Menospreciamos a los "pecadores" de nuestra sociedad sin ningún sentido de humildad que sinceramente crea: "sino fuera por su Gracia ahí mismo pudiera estar."

Con razón nos alarmamos cuando nos envían un embajador homosexual, pero ¿por qué no lloramos a causa de nuestro egoísmo, nuestra impaciencia, nuestro enojo?

Y la tendencia es pensar que estos pecaos no son tan malos como aquellos escandalosos. Pero Dios no nos ha dado la autoridad de asignarle valores a los diferentes pecados, sino que más bien nos dice que el que viola uno de los mandamientos es culpable de toda la ley. (Santiago 2:10). Cuando una persona comete homicidio, a quebrado la ley de Dios. Cuando una persona permite que palabras corrompidas salgan de su boca, también ha violado la ley de Dios.

Con esto no negamos que unos pecados sean más serios que otros. Es menos malo ser culpable de una mirada lujuriosa que de cometer adulterio. Pero Jesús dijo que el solo mirar y desear a una mujer ajena es cometer adulterio en el corazón. Es menos malo enojarme con alguien que matarlo. Pero Jesús dijo que cualquiera que se enoja contra su hermano es reo de juicio. La verdad es que todo pecado es serio porque es una transgresión contra la ley de Dios.

En resumen, el concepto de pecado ha ido desapareciendo de la sociedad y aun en la iglesia, pero no ha desaparecido de la vista de Dios. Sino que todo pecado, tanto los "respetable" como los escandalosos son un menosprecio de la ley de Dios y aborrecidos por Dios. Ambos merecen maldición y condenación.

Gracias a Dios hay excepciones. Hay cristianos que muestran en sus vidas la amplia gama de los frutos del Espíritu y estos tienden a ser los que más están conscientes y dolidos por los supuestos pecados aceptables en sus propias vidas.

III. La Malignidad del Pecado

La palabra "Cáncer" es temible y con frecuencia lleva al desespero. Con frecuencia oramos por la biopsia que se le está practicando al tejido de un hermano o hermana y la petición siempre es que no sea maligno. Cuando un cáncer es maligno, el tumor tiene potencial de crecimiento ilimitado difundiéndose al tejido cercano y además de hacer metástasis y así invadir sistemáticamente otras áreas del cuerpo.

El pecado es espiritual y moralmente maligno. Si no es combatido puede difundirse en el ser interior contaminando tordas las áreas de nuestras vidas. Y peor aun, frecuentemente hace "metástasis" contaminando la vida de personas a nuestro alrededor. Ninguna de nosotros es una isla. Todos somos parte de una comunidad donde nuestras actitudes, palabras y acciones tienden a afectar a los que están a nuestro alrededor.

Pienso que es la razón por la cual el autor a los Hebreos escribe: Mirad bien de que nadie deje de alcanzar la gracia de Dios; de que ninguna raíz de amargura, brotando, cause dificultades y por ella muchos sean contaminados (12:15) Cuando albergamos amargura nos afectamos a nosotros mismo y también contaminamos a otros y lo mismo sucede con otros pecados también.

Pero el pecado, en su esencia no es algo que hacemos, sino que esas cosas que hacemos son el resultado de algo en nuestro corazón. Aunque el corazón del creyente ha sido renovado y liberado de la culpa y del dominio del pecado y el Espíritu de Dios mora en el creyente, aun así permanece el pecado dentro de nosotros haciendo guerra contra nuestras almas. Y si no estamos muy concientes de la presencia del pecado en nosotros seremos tierra fértil para el desarrollo de pecados "respetables".

Nuestra tendencia es evaluar nuestro carácter y conducta en comparación con la cultura moral en la cual vivimos. Como usualmente vivimos a un nivel moral más alto que la sociedad en general nos es fácil sentirnos bien y conformes y asimismo que Dios nos ve de la misma manera. No percibimos la realidad del pecado que aun mora en nosotros.

Uno de los graves peligros del cáncer es que frecuentemente crece sin ser detectado hasta que alcanza un nivel crítico cuando ya ha hecho daños irreparables. Se pudiera decir que el cáncer es engañoso. Los pecados "respetables" son engañosos. Son sutiles en el sentido de que nos engañan y pensamos que nos son tan malos o que no son pecados, o aun peor que ni siquiera pensamos en ellos. Como creyentes es posible que vivamos totalmente inconcientes de que estamos viviendo con pecados "aceptables".

Tolerar pecados "respetables" tales como la impaciencia, el orgullos, el resentimiento, la frustración y la autocompasión es tan peligroso para nuestras almas como tolerar el cáncer es para nuestros cuerpos.

Espero que lo que hemos visto hasta ahora empiece a despertar en ti un mayor aborrecimiento por el pecado, en particular aquellos que de alguna manera has estado tolerando en tu vida. La idea no es llevarte al desespero, sino al único remedio real para sanarte, pero antes de llegar a la buena noticia tenemos que profundizar un poco más en la maldad del pecado.

Hemos visto que el pecado es maligno, nos afecta y afecta a las personas a nuestro alrededor. Pero más importante que eso, el pecado afecta a Dios. Más que dañino, el pecado es traición y menosprecio de Dios. Es rebeldía contra Dios mismo. Cuando chismeo estoy rebelándome contra Dios. Cuando albergo resentimiento en lugar de perdonar, estoy en rebeldía contra Dios.

Cuando pecamos violamos la ley de Dios y aunque al asunto parezca poca cosa a nuestros propios ojo es rebeldía contra la autoridad soberana y su derecho a gobernarnos. Es traición.

Para probar esto bíblicamente recordemos el relato del pecado de adulterio de David con Betsabé y luego como coordinó para la muerte de su esposo Urías para tapar

su adulterio. Dios estaba muy desagradado y envió al profeta Natán a confrontar al rey. Escuchen parte de las palabras que Natán le dijo a David.

2 Samuel 12:9-10 "¿Por qué has despreciado la palabra del SEÑOR haciendo lo malo a sus ojos? Has matado a espada a Urías heteo, has tomado su mujer para que sea mujer tuya, y lo has matado con la espada de los hijos de Amón. 10" Ahora pues, la espada nunca se apartará de tu casa, porque me has despreciado y has tomado la mujer de Urías heteo para que sea tu mujer.

Notemos que en el verso 9 Dios dice que David despreció la Palabra del Señor y el verso 10 dice que David despreció a Dios mismo. Eso quiere decir que despreciar la palabra de Dios es lo mismo que despreciar a Dios mismo.

Y no es difícil entender esto en el caso de David porque es fácil ver que sus pecados fueron muy gravosos. Pero no perdamos de vista que las palabras de Natán se aplican igualmente a nosotros. Cada vez que somos indulgente con nuestros pecados "aceptables" no solo estamos menospreciando la ley de Dios, sino que estamos despreciando a Dios mismo. Recuerda esto la próxima vez que estés tentado a hablar de manera crítica o áspera sobre otra persona.

Cuando pecamos menospreciamos el amor del Padre que nos escogió para que fuéramos santos y sin mancha. Menospreciamos el sacrificio de Cristo quien fue clavado a una cruz para pagar por esos pecados que aceptamos en nuestras vidas y entristecemos al Espíritu Santo. Y cuidado con un entendimiento incorrecto sobre el perdón de Dios. Parte de la razón por la que pudiéramos ser indulgentes con los pecados *"aceptables"* es que concluimos que no importan porque Dios los va a perdonar como quiera. Para Dios perdonar Cristo tuvo que pagar por ellos con su vida. Dios perdona nuestro pecado a causa de la sangre derramada de su hijo, pero Dios no tolera el pecado. Y he ahí la muestra más poderosa de la malignidad del pecado. Cristo sufrió por nuestros pecados. Por tanto no toleremos en nuestras vidas aquellos pecados por los cuales Cristo tuvo que morir.

III. El Remedio del Pecado

1 Timoteo 1:15 - Palabra fiel y digna de ser aceptada por todos: Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, entre los cuales yo soy el primero.

Para el que conoce la vida de Pablo antes de su conversión no le es difícil asumir por qué Pablo pudiera referirse a sí mismo como el primero de los pecadores. Pero lo interesante de este verso es que Pablo no dice "entre los cuales yo fui el primero", sino "yo soy". Al crecer en madurez y piedad, la percepción de Pablo sobre su propio pecado iba en aumento, no disminución. En 1 Corintios 15 el mismo se llama el "más insignificante de los apóstoles". Esto lo dijo 55 años después de Cristo. Cinco años más tarde escribiéndole a los efesios dijo: "soy menos que el más pequeño de todos los

santos". Y 3-4 años después le escribe a Timoteo: "…pecadores, entre los cuales yo soy el primero".

Al pasar los años su percepción de su pecado iba en aumento y la solución de esto no era tolerarlo, excusarlo o clasificarlo en su mente como "aceptable". El remedio para el pecado, sea escandaloso o aceptable es solamente el evangelio de Jesucristo. Y cuando hablamos del evangelio nos referimos a Cristo en su obra, su vida perfecta, su muerte, su resurrección y la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas.

A través de esta serie vamos a ver varios pecados particulares que usualmente se encuentran entre los "aceptables". El remedio en su esencia será al mismo, el evangelio.

El evangelio es solo para pecadores. Cristo vino al mundo a salvar pecadores. Muchos cristianos piensan que el evangelio es solo para los incrédulos, pero el evangelio es para pecadores. Y lo primero que hace el evangelio es limpiarnos los lentes para que podamos ver nuestro pecado. Cuando ves tu pecado y lo reconoces como pecado, entonces vas clavando una daga en tu corazón orgulloso y preparándote para aceptar la realidad del pecado con mora en ti.

En segundo lugar, el evangelio no solo me prepara para ver mi pecado sino que me libera para hacerlo. El reconocer nuestro pecado nos hace sentir culpables y eso es natural pues somos culpables. Si pienso que Dios todavía cuenta ese pecado contra mi, mi tendencia será ocultarlo o minimizarlo. Pero no es posible empezar a combatir contra un pecado como el enojo o la auto-compasión si lo estamos ocultando o minimizando.

Es necesario reconocerlo. Decir de todo corazón y sin excusarme: "Soy una persona egoísta y eso que hice es una manifestación del pecado que mora en mi." Pero para reconocer mi pecado así, necesito primero una seguridad de que mi egoísmo ha sido perdonado, que Dios ya no lo tiene en mi contra. El evangelio nos da esa seguridad. De eso se trata la santa cena que hoy celebramos.

Romanos 4:7-8 - BIENAVENTURADOS AQUELLOS CUYAS INIQUIDADES HAN SIDO PERDONADAS, Y CUYOS PECADOS HAN SIDO CUBIERTOS. BIENAVENTURADO EL HOMBRE CUYO PECADO EL SEÑOR NO TOMARA EN CUENTA.

Cuando ponemos nuestra confianza y fe en Cristo Dios carga nuestros pecados a la cuenta de Cristo. "El SEÑOR hizo que cayera sobre El la iniquidad de todos nosotros" (Isaías 53:6).

Mientras más conscientes estamos que Dios ha cargado nuestros pecados sobre Cristo, más dispuestos estaremos de reconocer nuestros pecados sin temor en lugar de taparlos, minimizarlos o tolerarlos.

En tercer lugar, el evangelio también me motiva a tratar con mi pecado. No es suficiente verlo y reconocerlo, sino que hay que hacerlo morir. Y el único pecado que puede ser mortificado efectivamente es el pecado que ha sido perdonado. No es posible luchar contra la actividad del pecado si primero no tratamos con la culpa del pecado. El evangelio nos da esa seguridad. Dios no está desde arriba esperando que tu arregles tu vida, sino que más bien se coloca a tu lado y te dice: *"vamos a luchar juntos contra ese pecado y quiero que sepas que ese pecado ya lo he perdonado. No soy tu juez. Soy tu Padre que te ama con amor infinito aun frente a frente a tu pecado."* Esa seguridad nos motiva a luchar contra el pecado. Y su amor hace que esta dura labora de luchar contra el pecado no sea solo motivada por obediencia a sus mandamientos, sino también por una respuesta de amor y confianza al ver como él nos ama.

Así que hermanos, que mejor ocasión que esta noche, cuando celebramos la cena del Señor para iniciar esta serie recordando el evangelio.

Mientras se estén repartiendo los elementos es una excelente oportunidad para pedirle a Dios que nos muestre nuestro pecado; reconocerlo abiertamente sin excusa y empezar a darle muerte con la seguridad de que ya han sido perdonado debido a la sangre del Cordero que fue derramada por nuestros pecados.

AMÉN